



CONTRA LA INCONTINENCIA URBANA. RECONSIDERACIÓN MORAL DE LA ARQUITECTURA Y LA CIUDAD ORIOI BOHIGAS

LA CIUDAD, UN LUGAR (Oriol Bohigas)

No empezaré con la pedantería de definir qué es la ciudad, entre otras razones porque no soy partidario de esa clase de definiciones y porque es imposible resumir en pocos rasgos todas las ciudades y todas las épocas en las cuales la misma ciudad se ha expresado y configurado. Se me ocurre solamente una característica que parece evidente en todas las circunstancias territoriales y temporales: la ciudad suele ser el lugar físico y social en el que se producen las máximas -o quizá mejores- posibilidades de información, de comunicación y de alcanzar inmediatamente los resultados de esa información. Es decir, además de otras condiciones esenciales para la vida colectiva, la ciudad es el lugar donde coinciden físicamente más cosas, donde las cosas se encuentran más a mano y donde la proximidad organizada estructura el programa de una vida política. No me costaría mucho añadir que esas son precisamente algunas de las condiciones indispensables para vivir democráticamente, siempre que entendamos por democracia un sistema político de libertad y, sobre todo, de igualdad de derechos, las obligaciones y las oportunidades, algo todavía muy distante de lo que hoy se llama "democracia".

Las últimas conquistas tecnológicas han permitido a algunos geógrafos urbanos, sociólogos y urbanistas presumir que, para alcanzar esas condiciones, no era necesario que la ciudad fuera un lugar y que, por tanto, en la civilización actual, la ciudad, tal y como ha estado configurada a través de la historia, ya no era un escenario indispensable. Las distintas vertientes telemáticas permitirían unos niveles de comunicación que la podrían sustituir sobradamente, y la forma de vida más adecuada sería la de la ciudad "sin lugar", la ciudad difusa, la ciudad informal, la ciudad establecida solamente por la conjunción virtual de individualidades dispersas. No creo que esa idea venga solo de las nuevas ofertas tecnológicas: las ideas antiurbanas vienen de muy lejos y se mantienen en distintas culturas. A finales del siglo XIX y a lo largo de la primera mitad del XX, hay una larga muestra de propuestas de suburbanización o de antiurbanidad que casi siempre arrancan de un ideología social progresista pero acaban en el establecimiento de fórmulas conservadoras que intentan desintegrar la esencia colectiva de la ciudad. Es un itinerario que viene marcado desde las buenas intenciones del garden cities inglesas hasta el desquiciamiento de las periferias urbanas, los polígonos y las urbanizaciones cerradas, ofrecidas a la promoción de las clases medias e incluso de las más adineradas. Hoy, los defensores de la ciudad difusa lo son por un clara ideología conservadora o porque disfrutan de los beneficios privados en los procesos especulativos de nuevos terrenos edificables.

Crear que las redes telemáticas pueden sustituir la ciudad es olvidar un aspecto importante. En la ciudad no solo existen facilidades para encontrar, sino también la de encontrar sin buscar, utilizando la casualidad, con todos sus entramados e interacciones. La ciudad es a la vez provocadora y seleccionadora de las casualidades de información y de accesibilidad, y ello resulta posible porque se trata de una acumulación productiva, de una confluencia incluso conflictiva; si se quiere, de un auténtico sistema ecológico el cual se incluye la artificialidad de la cultura y la civilización. Por otra parte, en ese sistema ecológico - utilizando el adjetivo de manera un poco heterodoxa-, debe haber muchos factores que provienen de una realidad natural, ciertamente incontrovertible. Nos lo han de decir los antropólogos y los sociólogos, pero, en principio ¿no creemos que los hombres y las mujeres poseen por naturaleza una condición que

los hace tender al agrupamiento, a las estructuras tribales? Estas estructuras, por razones culturales -y por los cambios que ha conquistado para ellas la civilización- ya no tienen lugar en sistemas ecológicos absolutamente naturales y espontáneos, sino que reclaman un entorno especial que las cohesione y las haga interactuar. La ciudad, quizá más que la nación, es la culminación de unas nuevas identidades de grupo indispensables para pasar de la vida “bárbara” a la vida “civilizada”.

Por eso cuando me preguntan cómo será la ciudad del futuro -una pregunta inútil y, sobretodo, demasiado frívola cuando se incluye en las entrevistas periodísticas-, casi siempre contesto que será más o menos como la de ahora pero con mejoras y reformas concretas, porque no puede ser muy diferente. Ser ciudad implica unas condiciones que permanecen y permanecerán a través de la historia. Lo que puede pasar -y seguramente pasará- es que haya otras clases de asentamientos humanos y que incluso las ciudades desaparezcan en un cataclismo de desorden social. Sin embargo, esos nuevos asentamientos, si no son muy parecidos a los tradicionales, no serán ciudad, y los problemas, los conceptos y los imaginarios serán muy distintos. (El arquitecto Ricardo Aroca ha dicho que no es necesario que nos preocupemos de la ciudad del futuro, sino del futuro de nuestras ciudades.)...

LA SUPERPOSICIÓN DE FUNCIONES (Oriol Bohigas)

...Si una ciudad ha de ser [...]un sistema de vida colectiva y un instrumento de información y comunicación que utilice incluso las ventajas del azar, es necesario que el ciudadano tropiece constantemente con acontecimientos diversos, y sobre todo, es preciso que ningún ciudadano viva en un gueto, aunque sea un gueto funcional. Da angustia ver esos planes que van marcando manchas arbitrarias generadoras de antiurbanidad: centro direccional, sector industrial, área terciaria, núcleo universitario, implantación de viviendas económicas, etc. Y aún causa más angustia ver ya realizados algunos de esos barrios que solo tienen vida durante las horas limitadas de la jornada laboral o que se convierten en dormitorios suburbanos. Es entonces cuando se comprende y justifica el exilio de algunos ciudadanos en busca de una vida no urbana, porque, en su caso, la urbanidad está en proceso de degradación. Las ciudades no mueren por exceso de conflictos: mueren o se debilitan por falta de conflictos productivos; porque, evidentemente, la superposición de funciones crea conflictos: el tráfico, el ruido, la acumulación de residuos materiales y humanos, un grado de contaminación incontrolado, etc. Sin embargo, el urbanismo no tiene como objetivo anular esos conflictos, que son inherentes a la vida urbana, sino encontrar la manera de suavizarlos -de hacerlos más soportables en lo concreto- sin que pierda su eficacia social.

Los planes generales, tal como se siguen confeccionando, son los principales culpables de ese proceso antiurbano, pero también contribuyen a él la legislación sectorial, los intereses de los promotores e incluso la tendencia de los proyectos de los arquitectos, sobre todo de los que consideramos buenos arquitectos. Por ejemplo, son poquísimos los que reclaman que, para una buena salud social, se mezclen los distintos tipos de viviendas, no solo en un mismo barrio, sino en un mismo edificio. Es una barbaridad construir barrios de casas económicas, y también lo es construir edificios especializados. ¿Tan difícil sería mezclar en un solo bloque de viviendas económicas y viviendas de precio libre?...

No se trata solamente de mezclar tipos de viviendas, sino también de funciones diversas como pueden ser las oficinas y el comercio. Hoy en día todo el mundo piensa en bloques exclusivos de oficinas, ya que presentan cierta facilidad de producción y de gestión, y cada día proliferan los grandes centros comerciales desligados a la red urbana. Con esa subdivisión, con esa falta de flexibilidad de usos, se crean no solo conflictos sociales sino también sacudidas económicas: actualmente, en Barcelona sobran locales de oficinas y faltan viviendas, sin que sea posible realizar transferencias inmediatas...

[...] El tema de los centros comerciales -las “grandes superficies”- ha llegado a ser muy grave, y lo es tanto desde el punto de vista de la segregación funcional como desde el de la necesaria compacidad urbana. La vida colectiva se expresa en la fluencia de los espacios públicos, y por eso es tan importante el diseño de esos espacios, teniendo en cuenta el grado de vitalidad propia que han de generar. Ese grado de vitalidad depende de muchos factores relacionados con las distintas maneras de organizar la vida colectiva, y una de esas maneras es la continuidad del comercio -y de otras actividades productivas- a lo largo de las calles y plazas.

Tradicionalmente, la calle y la plaza no solo han servido para ofrecer fachadas a la residencia, sino para organizar la vida comercial de las plantas bajas en unos itinerarios plurifuncionales...

[...] Ni los almacenes, ni las galerías, ni los mercados estables afectaron la continuidad comercial de la ciudad ni la capacidad de uso colectivo, porque se trataba de escenarios que no inventaban una nueva geografía comercial, sino que reforzaban la existente, apoyados en los mismos accesos de peatones con las mismas redes de transporte, no reducían la fuerza aglutinante del comercio del entorno y se interpretaban como otro tipo de espacio colectivo, relacionado con el espacio público.

Sin embargo [...] los centros comerciales periurbanos con servicios complementarios de restauración y ocio y, finalmente, las grandes superficies comerciales que se proponen sustituir con su autonomía un porción de la ciudad real y anular la competencia que se podía desarrollar en los barrios del entorno. Ese modelo proviene del primer “mall” construido en 1956 en Ediba, Minneapolis, cerrado a los flujos urbanos y causante de la devastación comercial del entorno. Esa desertización comercial puede no ser muy importante en una ciudad norteamericana con escasa estructura urbana, pero en las ciudades europeas es un cáncer que puede acabar estableciendo una radical zonificación de funciones cuando las grandes superficies comerciales se ubican en el interior de los límites de la estructura urbana, en un barrio que pierde de ese modo buena parte de su capacidad aglutinante y de su identidad. Sin embargo, todavía es peor cuando se ubican en las periferias, ya que, para sobrevivir, han de crear toda clase de imitaciones de la vida urbana, no solo de la restauración y el ocio, sino de todo lo que provoca acumulación, con lo cual se consigue imitar cierta centralidad; en ese caso, además de provocar una absurda zonificación funcional, participan en la diseminación de la ciudad, es decir, en la suburbanización como forma de expansión desorganizada, con sucesiva esclerosis de los barrios centrales, mantenedores hasta entonces de las identidades colectivas.

